



Navidades de marfil

Julián Quijano Mariasis. Barcelona. 16 años

Julián es bonaerense y vino a vivir a Barcelona hace seis años. Este curso estudia 1º de Bachillerato en la modalidad de Letras puras. Le gustan escritores como Amélie Nothomb, Chuck Palahniuk, Milan Kundera o Mario Benedetti. En su tiempo libre, a Julián le gusta salir con sus amigos, ver películas, leer y utilizar el ordenador. Escribe, con intermitencias, desde los seis años, a temporadas se *abandonó* al dibujo. Le divierte idear historias, personajes y formar parte del público que espera impaciente qué pasará. *Navidades de marfil* surgió en una larga caminata tras haber perdido el metro y pasó que...

Navidades de marfil

Julián Quijano Mariasis

La nieve no dejaba de caer, como si odiara Estocolmo y deseara enterrarla bajo ese rencor blanquecino.

Alexander caminaba bajo la gran nevada, pues, a pesar del tiempo, las tiendas estaban abiertas debido a que faltaban escasos días para Navidad. Si el tiempo no mejoraba parecía que tendrían unas blancas y frías Navidades, tan blancas y frías como el marfil. Maldito marfil... les había condenado a ellos...

Y Alexander Isaksson era uno de ellos.

Quien lo descubrió oficialmente fue un dentista alemán. Le había parecido extraña la blancura de la dentadura de uno de sus pacientes. Parecía una tontería, pero se empeñó en ver a qué se debía. Era un paranoico, un paranoico con suerte.

Lo primero que vio fue que ninguno de sus dientes estaba compuesto de tejido óseo. Tras esto (y la confesión del sujeto de que jamás se había hecho nada raro en la boca que pudiese explicar la anomalía) el dentista, que aún encabezaba la investigación, obtuvo acceso a instrumental especializado para conocer con exactitud la composición de los dientes (y por extensión, los huesos) de su paciente. Tras estudiarlo detenidamente descubrió lo inesperado: toda su estructura ósea estaba compuesta de marfil. Resultaba increíble, técnicamente era imposible, pero era así. Parecía que el marfil que tenía dentro era distinto a cualquier otro, su estructura y composición era un punto medio, sin dejar de ser marfil tenía los componentes necesarios para poder desarrollar todas las funciones que normalmente llevaría a cabo un esqueleto corriente.

Y sin embargo había diferencia. Funcionaba igual, pero era marfil.

Tras ese descubrimiento el gobierno se hizo con el mando de la investigación, pasando el caso a nivel mundial. Todo ese embrollo generó mucha polémica, se hicieron incontables experimentos. Se llegó a la conclusión de que una diminuta fracción de la población mundial estaba formada por personas con estos esqueletos, de que se trataba de un gen recesivo y que, por lo tanto, la cantidad de gente de este tipo iba menguando paulatinamente, y de que dicha anomalía no estaba conectada al color, procedencia, sexo o sangre del individuo. Y por lo demás, ellos eran iguales al resto de la humanidad; pero pasaron a ser «ellos», un pronombre separado del resto de seres humanos. El dentista alemán, que se había hecho bastante rico gracias a su descubrimiento, bautizó a esa gente «personas de marfil» (fue admirable su falta de egocentrismo al no poner ninguna referencia a su persona), pero eso no evitó que la mayoría les pusiese aquel otro nombre que ningún decreto pudo quitar de la boca del pueblo: «Ellos».

Y Alexander Isaksson era uno de ellos.

El mundo seguía avanzando con normalidad, fuera del gobierno nadie se interesó especialmente por las «personas de marfil» pasados unos años.

Alex tenía una vida relativamente normal, un trabajo, una mujer, una pequeña hija. Todo era relativamente normal. Y a pesar de todo eso, salir de casa conllevaba cierto temor para él.

Por aquello que había ocurrido hace unos años, Alexander era extremadamente desconfiado.

Por aquello que había ocurrido hace unos años, Alexander ocultaba su naturaleza a su familia.

Por aquello que había ocurrido hace unos años, cada día podía ser el último para Alexander y otros como él.

Efectivamente, el mundo seguía avanzando con normalidad, pero eso quería decir que además de no haber empeorado mucho, no había mejorado bastante. Contaminación, guerras con fines económicos, corrupción, pobreza y desaparición de la fauna y la flora del planeta.

La desaparición de la fauna y la flora del planeta. No parecía especialmente importante para las «personas de marfil». Y sí que lo fue.

Algunos imaginaron que pasaría antes de que ocurriese, y avisaron a los suyos, plantaron las semillas de la desesperación. Cuando pasó, el hecho fue silenciado por los medios y el gobierno. Pero por suerte algunas «personas de marfil» lo descubrieron y dijeron aquella maldita frase a los que eran como ellos:

—Los elefantes se han extinguido.

¿Qué tenía de importante? Por esa época el elefante era la última fuente de marfil del planeta... la penúltima para ser exactos. Algunos, los más incrédulos, dijeron que era imposible la atrocidad que otros imaginaban:

—¡Aprovechar nuestras reservas de marfil? ¡Qué dices! Nadie va a llegar a esos extremos. Tranquilo.

Qué bonito hubiera sido que hubiesen tenido razón. Pero que se silenciara la noticia ya era un mal indicio. La avaricia del ser humano no tenía límites. Y apareció la causa del miedo de los marfileños: los cazadores de marfil.

Y si se mira bien no es tan raro. Ya existían asesinos a sueldo, no resultaba, pues, nada extraño. No se trataba más que de asesinos a sueldo especializados. Pero ahí estaban,

eran la razón por la cual nacer con un esqueleto de marfil quería decir nacer con una marca de «se busca» grabada en cada uno de los huesos.

El pánico se expandió entre las «personas de marfil» al aparecer algunos cadáveres totalmente despojados de sus huesos. La policía se refería a esos casos como hechos aislados, posiblemente producto de una mente insana, enferma. Eso no hizo más que aumentar el miedo, ya que era evidente que la ley también tenía algo más de dinero en su cuenta a cambio de ignorar ese problema.

Alexander pertenecía a una de las comunidades de «personas de marfil» de Estocolmo. Una de las llamadas «Comunidades de marfil». Se trataba de un conjunto de hombres y mujeres con esqueletos marfileños de una misma zona que se mantenía al tanto de la información relevante como el aspecto de los cazadores que frecuentaban el lugar, las bajas por asesinato. Y de paso podían saber quiénes eran las otras «personas de marfil» del área que abarcaba la comunidad.

Los marfileños se habían vuelto muy desconfiados, como Alexander. Ni sus parejas, ni sus hijos, ni la mayoría de sus amigos conocían su naturaleza; revelarlo era exponerse a los cazadores. Había que estar siempre a la defensiva.

Y ahí estaba Alex, con ese miedo propio de las «personas de marfil» a salir al exterior durante mucho tiempo. Estaba de compras, por suerte no tardaría mucho, ya que solo tenía que comprar regalos para su mujer, Marianne, su pequeña hija, Dagmar, y su padre. Del resto de la familia se encargaba su querida mujer, incluso de la familia de él. La madre de Alexander tampoco estaría en aquella cena navideña. Hace tiempo había desaparecido, según contaba su padre. Alex suponía lo que le había ocurrido ya que sabía muy bien de quien había heredado el esqueleto. Pero (debi-

do a lo que las distintas «comunidades de marfil» habían decidido llamar el «silencio de marfil») él nunca le pudo decir a su padre qué había ocurrido realmente.

Al ir de tienda en tienda no paraba de caminar apresuradamente y mirar de reojo a cada una de las personas, cualquiera podía ser un cazador.

Encontró un bonito juego de ajedrez para su padre y unos peluches para Dagmar. Pero para Marianne no encontraba absolutamente nada. No sabía qué regalarle. A ella le encantaba la música, era lo que más le gustaba. Pero él no hallaba nada que le transmitiese la idea de que había dado en el blanco.

Como aún quedaba una semana para Navidad decidió dejar ese regalo para otro día.

Esa tarde había reunión de la comunidad de marfil a la que él pertenecía. Una vez cada cierto tiempo se reunían para actualizar la información. La vez anterior habían arreglado que la próxima reunión sería esa tarde.

Aprovechó para comprar algo de fruta, le cobraron un poco menos de lo que realmente costaban las manzanas que había cogido. El frutero, tras darle el cambio, le dijo:

—Nos vemos esta tarde.— Y sonrió mostrando esos dientes blancos que cualquier «persona de marfil» podía reconocer a la primera.

Así que Alexander fue a almorzar a casa; tanto él como Marianne tenían vacaciones de Navidad, así que los tres pudieron comer juntos.

Aprovechó su parada en casa para llamar a Fredrik, uno de sus mejores amigos. Quizá el mejor.

Tanto Alexander como Marianne y Fredrik habían ido al

mismo instituto, de ahí se conocían. Alex y su mujer estaban juntos desde jóvenes, y entre rupturas y encuentros llegaron al altar, una de esas relaciones tan atípicas de pareja duradera. Fredrik era, en cambio, un solterón. Así que de vez en cuando festejaba la Navidad con sus dos amigos.

Alex le comentó a Fred que necesitaba ayuda con el regalo para su mujer y si él podría ayudarle a encontrar lo más adecuado para ella. Su amigo aceptó sin vacilar y quedaron en que para el día siguiente se pasaría al mediodía a comer con ellos y luego, bajo alguna excusa, irían de compras.

Alexander se acabó su postre a las rápidas y saludó apresuradamente a su mujer y a su hija antes de irse a la reunión. Su prisa no evitó la desconfianza habitual al salir al exterior.

Tras un cuarto de hora de viaje llegó al almacén donde la comunidad efectuaba sus reuniones, un lugar que no era precisamente elegante (un par de sillas, una mesa, un ordenador, lo necesario). Quizá estaba algo sucio, pero era su «cuartel» y eso le gustaba. Allí estaban todos, sin importar escala social, color de piel o sexo, todos eran iguales. Estaba él, el frutero, la dependienta de la tienda de ropa, el abogado, los dos ejecutivos, el informático, la estudiante y un par más. Todos estaban unidos por cadenas, blancas cadenas.

Alex saludó a los que ya habían llegado y éstos le respondieron el saludo como exhalando un suspiro; parecían preocupados, «felices» no sería la palabra más correcta para definirles.

—¿Pasa algo? —a él no le gustaba esa repentina frialdad, la comunidad era uno de los pocos sitios donde podía soltarse sin miedo.

—Sí, sí que pasa algo —dijo el informático, Andreas—, pasa que hay un chivato.

—¿Qué? —en su cara se veía claramente su incredulidad.

—Según la información que hemos recibido —se apoyó sobre una mesa, adquiriendo una pose de detective de película—, hay un chivato en una de las comunidades de Estocolmo que se dedica a dar los nombres de los que tenemos esqueletos marfileños. Luego, los cazadores hacen su trabajo.

—Pero... Hay varias comunidades aquí. Puede que no esté aquí —replicó Alexander.

—Esa no es una excusa —señaló cortante la dependienta de la tienda de ropa, una mujer joven y de pelo castaño y lacio—; perfectamente podría estar entre nosotros. ¡No vamos a salvarnos de una posible muerte porque «puede que no esté aquí»!

—Bueno, sí, es cierto —tuvo que admitir Alex, que bajó la cabeza como si acabase de romper un jarrón.

—¿Y qué vamos a hacer? —inquirió la estudiante.

—Bien. Cada vez que uno de nosotros vea un comportamiento atípico en otro de los nuestros, que lo transmita al resto de la comunidad —explicó el abogado como si dijera las reglas de un juego.

—¿Hablar a las espaldas? ¡Eso está muy feo! —exclamó uno de los ejecutivos.

—Yo prefiero una comunidad de gente que habla a las espaldas antes que una comunidad de gente muerta.

Todos bajaron la cabeza. El abogado tenía razón.

Después de un rato aguantando un silencio incómodo, Alexander decidió acabar la reunión:

—¿Alguna noticia más?

—No. Por suerte no hay más malas noticias.

—Pues, yo tengo ganas de irme, de volver a casa. Necesito pensar. ¿Vosotros no? —preguntó Alexander.

Todos asintieron. No había ganas de quedarse allí, así que se fueron.

Alexander decidió acabar el día e ir a casa. Su mente no

se estaba quieta, no dejaba de darle vueltas al tema «un chivato». Uno de nosotros que nos vende. Le daba tanta importancia que por una vez no se detenía en cada cara para hacerle una inspección rápida. Estaba tan ocupado meditando sobre el chivato que prácticamente se olvidó de la amenaza que, aunque era menos novedosa, era más importante: los cazadores.

Johan tiró la colilla al suelo; el encargado del bar ni se fijó. Ahí estaba el sujeto, en la mesa contigua a la suya. Inspeccionó su lista, sí, la foto concordaba, se trataba de Alberth Monhenrott. Según la ficha, Monhenrott escapó de Austria debido a que allí habían descubierto su naturaleza y planeaban matarlo. Quería comenzar una nueva vida en Suecia. Pobre Alberth. ¿Qué pensaba cuando escapó? ¿Qué en Estocolmo no hay cazadores? Pobre ingenuo.

Todo ocurría según el plan. Alberth iba a ese bar cada tarde, y la ventana del lavabo daba a una esquina. Ahora en la esquina debía estar el camión de «Stars' Stairs CO LTD.». Se trataba de una doble tapadera, por un lado esa empresa no se limitaba a las escaleras: movía todo el tema del marfil y los cazadores; y por otro lado era, en realidad, propiedad de una multinacional mucho más importante que mantenía su nombre en secreto. Era el mundo del mercado de marfil humano, y Johan estaba en aquel mundo.

Así que, cuando el sujeto se dirigió al lavabo, él le siguió. Había un hombre lavándose las manos, y la presa estaba dentro de uno de los compartimentos con retrete, cagando. «Mierda» pensó el cazador, pero por suerte aquel tipejo gordito no tardó en irse. Ahora venía la parte más fácil. Por si acaso atrancó la puerta, luego esperó a que Monhenrott saliese. Cuando eso ocurrió Johan le partió el cuello con rapidez y silencio. Con años de experiencia y sus fuertes y blancos brazos, partir cuellos resultaba fácil.

Antes de encargarse del cuerpo, aprovechó que había un

espejo y se arregló su corto y clarísimo pelo, luego sacó unas gafas de sol de su saco negro y se tapó los ojos (medio rosas, medio rojos) con ellas. Llamaba mucho la atención, lo sabía, pero eso le daba más gracia al juego, lo hacía más difícil.

Tras eso, sacó la mano por la ventana e hizo la señal, escuchó la palabra clave y pasó, con cuidado, el cuerpo inerte a través de la ventana. Luego desatrancó la puerta y salió por la ventana, allí fuera los dos trabajadores de «Stars' Stairs CO LTD.» ya estaban encargándose del cuerpo, luego lo transportarían hacia los lugares especiales en donde les despojaban del marfil.

La desaparición de Alberth no sería un problema, no tenía muchos conocidos en Estocolmo. Y si pasase algo tampoco importaba, la policía no era un problema, no mientras aceptasen esa amable subvención por parte de la empresa.

—Llámanos para el próximo saco —dijo uno de los tipos mientras escribía en una libreta.

—Sí, y que vengan dos repartidores, con uno es imposible hacer esto. Deshacerse del saco no es trabajo para un solo repartidor. —Johan estaba encendiendo otro pitillo, sus manos pálidas sostenían un hermoso mechero zippo.

—Eso no es cosa nuestra.

—Malditos tacaños de mierda.

—Esos tacaños te dan de comer —el tipo no dejaba de escribir en la libreta, sin mirar a Johan, como si no le diese importancia.

—Sí, bueno. ¿Y qué? Iros de una puta vez, me ponéis de los nervios.

—¿Todos los cazadores os ponéis de acuerdo en lo de vivir cabreados?

—¡Me cago en la puta! Desapareced, tengo balas y vosotros no —desenfundó uno de sus revólveres mientras miraba fijamente a aquel hombre, aquella molestia.

—Vale, vale, cálmate —movió las dos manos abiertas a la

altura del pecho, decían «tranquilízate». Por fin aquel tipo le miraba a los ojos. Tras eso se dirigió al camión, donde el otro repartidor se había encargado del cuerpo, y se fueron.

Johan se sintió bien por haber puesto a ese capullo en su sitio y por haber terminado con aquel trabajo. Sacó la lista blanca del bolsillo de su chaqueta y la leyó detenidamente.

Zlatan Ljungberg
Alexander Isaksson
Olof Ibrahimovic
Marcus Ostlund

Johan sonrió, le gustaba que le dieran tanto trabajo, significaba más dinero y más diversión. Pero no era momento para perder el tiempo, deseaba conocer al tal Zlatan.

Y se marchó por las frías calles de Estocolmo.

Esa noche la cama no resultaba un descanso. Alexander estaba demasiado preocupado con todo ese rollo del chivato.

—¿Ocurre algo? Después de que volviesses del club de ajedrez has tenido todo el rato esa cara larga.— Marianne soltaba las palabras con preocupación; si Alex no podía dormir en paz, a ella le costaba cerrar los ojos.

—Nada, una tontería, perdí una partida que tenía prácticamente ganada —el club de ajedrez era la excusa para las reuniones de su «comunidad de marfil» —Tú no te preocupes por mí.

—¿Qué no me preocupe por ti? Anda, no me pidas imposibles.

—Te quiero, Marianne —su intento de sonrisa no conseguía esconder la angustia.

—Más te vale —soltó una de esas risitas que a él le volvían loco, eran como bolsitas de felicidad que ella le regalaba.

—Vamos, duérmete, yo ya caeré en unos minutos.

—Bien, hasta mañana, dulces sueños. —Le dio un inocente besito en la mejilla y al segundo ya dormía silenciosamente; Alex envidiaba su facilidad para dormirse, era admirable.

Si los días en Estocolmo eran fríos, las noches lo eran aún más. Él caminaba lentamente y con decisión. Sus suelas quedaban grabadas en la nieve de la azotea, pero él borraba el rastro con gran habilidad. Odiaba la nieve, su cuerpo ya era demasiado blanco como, para encima, tener que aguantar más cosas de ese color; gracias a Dios que sus dientes eran amarillentos y sus ojos, una mezcla entre el rosa y el rojo. Con el equipo apropiado consiguió descender por la pared del edificio hasta el piso 4. Allí estaba Zlatan. Puso morfina tanto al sujeto como a la mujer que compartía su cama; no obstante, al tipo le hizo ingerir unas píldoras que lo matarían en unas horas. Metió el cuerpo inconsciente en una bolsa que tenía preparada, tras amordazarlo y atarlo. Puso el saco sobre su ancha espalda y, tras coger la cuerda que había usado para descender se fue por la puerta, fijándose de borrar su presencia en aquel piso.

Bajó con el saco y salió a la calle. El camión de «Stars' Stairs CO LTD.» le esperaba.

Hasta las once y media de la mañana Alex no consiguió despertarse, había estado gran parte de la noche meditando lo del chivato. Marianne y Dagmar estaban en la cocina. Se dieron los buenos días, ella le había preparado el desayuno. Dagmar estaba jugando con un xilófono, había heredado los intereses musicales de la madre, los ojos verdes del padre, y, por suerte, los dientes de la madre. Alexander se vistió y preparó para la visita de Fredrik, luego ayudó a Marianne con la comida que estaba preparando.

A eso de las dos del mediodía llegó Fredrik, comieron todos, acompañando la comida con la confiada charla que surge naturalmente entre amigos de la infancia. Luego Marianne se fue a jugar con Dagmar, y Fredrik y Alexander

se quedaron hablando de la compra secreta. Él le explicó que quería comprarle algo que tuviera que ver con la música que tanto amaba ella. De paso le comentó todo el tema del chivato que le traía de cabeza, ya que Fredrik, junto con un par de íntimos amigos más, conocía la naturaleza ósea de su amigo.

—¡Vaya marrones os montáis vosotros! —dijo tranquilamente. Alex sabía que él entendía la gravedad del tema; pero Fredrik prefería no mostrarse preocupado nunca, «eso preocuparía a los otros, y no es plan» argumentaba.

Finalmente él le dio unas palabras de ánimo, que si había problemas podía acudir a él o a uno de los otros dos que sabían que era un marfileño.

A eso de las cinco de la tarde salieron de la casa. Él estaba esperando que la presa se expusiera hace tiempo. Pero, por mala suerte, estaba acompañado de otra persona. A Johan no le quedaba otra que esperar a que el sujeto, cuya cara coincidía con la foto de Alexander Isaksson, se quedara solo. Se acabó su café con leche y se dispuso a seguirlos.

Fueron de tienda en tienda, pero Alexander nunca se decidía, a pesar de las insistencias de Fredrik de que aquel CD era perfecto o que ese equipo de música le encantaría. Alex no tenía la mente en el regalo, seguía pensando si alguno de sus compañeros de la comunidad sería el ruin chivato. Compadecía a su amigo por tener que aguantar las horas de búsqueda y su innata indecisión.

Buscaron, buscaron tanto que Alexander vio calles de su ciudad que ni conocía.

¿Y si es el frutero? Sí, podría ser él ¿o la estudiante aquella? Con aquella carita linda resultaría difícil pensar que

podía estarles traicionando. Pensar en los marfileños de otras comunidades resultaba improbable, ya que ni les conocía. El abogado parecía un hombre ambicioso, el dinero podría lanzarlo a cometer aquella terrible acción de dar sus nombres, y lo de proponer aquello de estar al tanto, podía no ser más que un plan para que desviasen las sospechas de él. O podría ser...

Frío.

De repente, Alex sentía frío. Había estado demasiado ocupado pensando. Pero notó que sentía mucho frío. Miró la calle en la que se encontraban. Era triste y estrecha, edificios grises y silenciosos, ventanas rotas, no había nadie... parecía muerta. Y sintió una punzada. Estaba nevando, y vio cómo la nieve del suelo se teñía de carmín. Se giró y vio a Fredrik el cual estaba serio.

—¿Por qué? —llegó a decir débilmente mientras perdía fuerzas. Su amigo sostenía un cuchillo. Alex se palpó la espalda y vio su mano ensangrentada.

Fredrik no dijo nada, se limitó a sonreír, pero no era una de sus sonrisas leves, era una sonrisa abierta. En ese momento Alex se dio cuenta de que nunca le había visto sonreír así, mostrando los dientes. Los blancos dientes.

—Vaya... —susurró. Luego cayó al suelo y vio cómo del cielo caía calmadamente la nieve. La blanca, blanca nieve. Y cerró los ojos.

Fredrik se quedó allí parado un rato. Por esa calle nadie pasaba nunca, acababa en un callejón y la gente la había olvidado hace tiempo. Y mantuvo silencio por su difunto amigo, unos minutos de paz por su alma.

—¿Qué cojones ha pasado? —balbuceó Johan que acababa

de llegar a ese estrecho callejón deshabitado.

—Le he matado. ¿Acaso no lo ves? —Le dijo Fredrik des-
preocupadamente, le miró directo a los ojos. No había
miedo en ellos.

El cazador echaba rabia por las orejas, nunca uno de sus
trabajos había sido frustrado de esa manera, no pudo reprim-
mir el odio y desenfundó la mitad de uno de sus revólveres
para dejar que se viese.

—¡Y contigo serán dos cadáveres, hijo de puta!

Fredrik le mostró una tarjeta. «Stars' Stairs CO LTD.» se
veía escrito junto a su foto.

—Soy de los tuyos, blanquito —aclaró mientras soltaba
una media sonrisa, levantando sólo la parte izquierda del
labio y entreabriendo la boca de forma que se le veían los
dientes, que el cazador pudo reconocer al instante como la
marca de los marfileños.

Johan estalló, le habían dicho que había un marfileño en
la«empresa», pero no le dijeron que éste matase personal-
mente, además de que no podía soportar que se rieran de
su piel. Sacó el revólver y apuntó, pero mientras se prepara-
ba para sacar el seguro, el tipo aquel ya había desenfun-
dado una pistola que le apuntaba entre ceja y ceja.

—¡Maldito saco de mierda! —escupió el cazador, bajando
el arma. Sus ojos se estaban volviendo rojos, incluso más de
lo normal.

—Te lo explicaré. Le he pedido a la empresa que me dejase
cobrar en material, sólo un cuerpo les pedí. Ellos accedieron.
Así que elimina este nombre de tu lista blanca y vete ¡O quie-
res que ponga algo de rojo en tu blanca carita? —explicó

Fredrik mientras aún apuntaba a Johan. Se escuchó como se acercaba uno de esos camiones.

Johan le miró furiosamente y se fue. No había nada que hacer, ya se calmaría soltando lo que llevaba dentro en el próximo de su lista. Pobre Olof, seguramente nadie le reconocería después de que él hiciera su trabajo.

Fredrik encendió su móvil e hizo un par de llamadas, la policía, la «empresa», la casa de Alexander. Por suerte no necesitaba todo lo que Alex llevaba encima, podría pagar a la empresa con marfil para que le hiciesen un par de favores que necesitaba.

La policía hacía preguntas a Fredrik, quien había denunciado la extraña desaparición de Alexander Isaksson, que fue al lavabo de un bar y no volvió: «la ventana estaba abierta», explicaba el interrogado. Eran dos agentes, uno siguió haciendo preguntas mientras el otro fue al banco para ver si el cuerpo había recibido la subvención que «Stars' Stairs CO LTD. » había anticipado por aquel caso. Mejor para ellos, menos trabajo que hacer, más dinero que meterse en los bolsillos.

La nieve seguía cayendo, parecía que quería tapar lo que había pasado, esconder ese hecho bajo su blanco manto.

Pasaron días así. Interrogación, visitas a la comisaría, noticias, todo formaba parte de la pantomima preparada por la empresa.

Marianne lloraba sin interrupción, Dagmar no entendía nada. Fredrik por fin acabó de hablar con el agente.

—Le mantendremos informados —dijo el poli y le estrechó la mano a Fredrik.

Acto seguido Fredrik se encargó de consolar a la pobre

Marianne. Le dijo que se tranquilizase a pesar de que sabía perfectamente que no lo haría. Así que insistió en quedarse en la casa acompañándolas para sobrellevar la fatal noticia. Él podría ayudar con la niña y con la casa mientras ella siguiese compungida por la desaparición de su marido, Marianne aceptó mientras se limpiaba las lágrimas con esa gracia de niña pequeña que tenía y que a él le encantaba. Fredrik estaba feliz, todo había salido según lo pensado, y ahora tocaba lo mejor.

Llegaron a la casa y ahí estaba, grande y formidable. Era hermoso. Fredrik explicó:

—Pensé que sería genial para pasar las tardes. Así podrías ocupar la cabeza en otra cosa, ya que te encanta la música. Además, aunque seguramente no te acuerdes, hoy es veinticinco. Feliz Navidad.

Marianne quedó impresionada. Le encantaba.

A pesar de lo ocurrido (quizá por que estaba cerca de Marianne y Dagmar), el regalo, el piano, parecía sonreír.